

tomado de la denominación de las islas en que están establecidos, habitan una región de lluvias, de vientos y de tormentas: adaptándose al medio, construyen cabañas subterráneas, formadas en su mayor parte de ramas trenzadas cubiertas de barro endurecido, que reciben luz por una claraboya de la parte superior á través de una gruesa lente de hielo. Las necesidades de la alimentación han hecho de los Aleutas un pueblo de pescadores hábiles en el manejo de barcas de pieles, en las que se introducen como en un tambor. Los mares temibles en que navegan les han convertido en marinos intrépidos y sabios adivinadores de tempestades. Algunos, especialmente los pescadores de ballenas, llegan á ser verdaderos naturalistas, que constituyen una corporación especial en la que no puede entrarse sino después de un largo período de pruebas¹. Los Aleutas, como sus vecinos de tierra firme, son muy diestros escultores, y se han hallado objetos muy curiosos en sus sepulcros, bajo la bóveda de las rocas. La complejidad de la vida aleutiana se manifiesta además en un código de convenciones sociales, practicadas rigurosamente por la costumbre entre parientes, aliados y extranjeros. Llegados á este alto grado relativo de civilización, los Aleutas permanecieron hasta una época reciente, á causa de su aislamiento, en un estado de paz y perfecto equilibrio social. Los primeros navegantes europeos que entraron en relaciones con ellos, alaban unánimemente sus cualidades y sus virtudes. El arzobispo Innokenti, más conocido con el nombre de Veniaminov, que fué testigo de su vida durante diez años, los pinta como «los más afectuosos de los hombres», como seres de una modestia y de una discreción incomparable, que no incurren jamás en la menor violencia de lenguaje ó de acción: «durante nuestros años de vida común, ni una palabra grosera ha salido de su boca». No podrían compararse, á este respecto, nuestros pueblos del Occidente de Europa con el pequeño pueblo de los Aleutas. Tan admirables eran en aquellos insulares el espíritu de solidaridad y de dignidad moral, que unos misioneros ortodoxos griegos se resignaron á no intentar su conversión: «¡Para qué enseñarles nuestras oraciones, si valen más que nosotros!»²

¹ Alphonse Pinard, *Bull. de la Soc. de Géog.*, Diciembre 1873.

² A. Bastian, *Rechtstunde*.

Á estos ejemplos elegidos en diversos estados de la civilización, pueden añadirse otros, igualmente significativos, tomados en los viajes de los sociólogos ó en las obras especiales de etnología. Pueden hacerse constar también muchos casos en que la superioridad moral, lo mismo que una apreciación más serena de la vida, se encuentran en sociedades llamadas salvajes ó bárbaras, muy inferiores á la nuestra por la comprensión intelectual de las cosas. En la espiral indefinida que la humanidad no cesa de recorrer, evolucionando sobre sí misma por un movimiento continuo vagamente asimilable á la rotación de la Tierra, ha sucedido con frecuencia que ciertas partes del gran cuerpo se han aproximado más que otras al foco ideal de la órbita. Quizá será conocida un día en toda su precisión la ley de ese vaivén: actualmente basta consignar los simples hechos sin arriesgarse á deducir conclusiones prematuras y sobre todo sin aceptar las paradojas de sociólogos desilusionados y pesimistas que no ven en los progresos materiales de la humanidad más que los indicios de su decadencia.

Grandes pensadores se han abandonado, al parecer, en ocasiones á esta impresión. El memorable pasaje del *Malay archipelago*, publicado por A. R. Wallace, ¿no puede ser considerado como una especie de manifiesto, como un reto dirigido á los que aceptan sin restricción la hipótesis del progreso indefinido de la humanidad? Y ese reto espera todavía su respuesta. No es, pues, inútil recordar sus palabras y tomarlas por texto de comprobación en los estudios históricos: «Si el ideal social es la armonía de la libertad individual con la voluntad colectiva, realizada por el desarrollo, convenientemente equilibrado, de nuestras fuerzas intelectuales, morales y físicas, estado en que cada uno y todos seremos tan aptos para la vida social, por el conocimiento de lo que es justo y por la irresistible inclinación á informar en ello nuestra conducta, que las restricciones y las penas no tendrán ya razón de ser... ¿no es sorprendente que en un grado muy ínfimo de la civilización se halle algo aproximado á ese estado de perfección? Yo he vivido mucho tiempo en medio de las comunidades de salvajes en la América del Sud y en el Extremo Oriente, que no tienen más leyes ni más tribunal que la opinión pública libremente expresada por la

población. Cada hombre respeta allí escrupulosamente los derechos de su prójimo, y muy rara vez, por no decir nunca, ocurre una infracción á esta regla. Una igualdad casi perfecta reina en las comunidades; nada hay allí semejante á la amplia demarcación entre la educación y la ignorancia, entre la riqueza y la pobreza, entre el amo y el servidor, tal como se presenta en nuestra civilización. No hay tampoco división del trabajo que, aumentando las riquezas, ponga los intereses en conflicto, ni concurrencia encarnizada ó lucha por la vida... «Tratándose del conjunto de nuestras poblaciones, no podríamos considerarnos realmente superiores á los salvajes...»

Pero sería injusto generalizar lo que el gran naturalista y sociólogo ha dicho de los indígenas de la Amazonia y de la Insulinda, aplicándolo á todas las poblaciones salvajes de los continentes y de los archipiélagos. La isla de Borneo, donde Wallace encontró tantos ejemplos de esa nobleza moral que determinaron su juicio, es aquella misma tierra grande que Boek describe bajo el nombre de «País de los Caníbales»¹, y que también podría llamarse «País de los corta-cabezas» aludiendo á aquellos de los Dayaks que, para adquirir el derecho de llamarse «Hombres» y de fundar una familia, han de haber cortado una ó varias cabezas por astucia ó en franco combate. Asimismo aquella maravillosa isla de Taiti, la Nueva Cítrea, de que hablan los navegantes del siglo XVIII con cándido entusiasmo, no responde más que parcialmente á los elogios que de ella hicieron los Europeos, encantados á la vez por la belleza de los paisajes y la amabilidad de los habitantes. Tales personajes augustos y dulces, tales venerables ancianos que, por su noble gravedad, parecen completar los bellísimos cuadros del paraíso oceánico, pertenecerían quizá á la temible casta de los Oros (Ariois), que, después de haber constituido un clero célibe, acabó por convertirse en asociación de parricidas, que, entre ritos infernales, mataban todos sus hijos. Verdad es que en aquella época los Taitianos evolucionaban ya en un período de cultura muy alejado del estado primitivo. Pero entonces, ¿se encontraban en regresión, en vez de desarrollarse en sentido del progreso, ó se cruzaban los dos movimientos

¹ *Unter den Kannibalen auf Borneo.*

en la vida social de la pequeña nación encerrada en su estrecho universo oceánico?

He ahí la dificultad capital. Los miles de tribus y otras aglomeraciones étnicas comprendidas por los orgullosos «civilizados» bajo el nombre de «salvajes», corresponden á momentos vivos muy diferentes unos de otros, que se espacian diversamente sobre el camino de las edades y en la infinita red de los medios. Cuando una tribu está en plena evolución progresiva, otra está en manifiesta decadencia; una avanza en un período de porvenir, otra desciende por la pendiente mortal. Cada uno de los ejemplos que los diversos autores presentan en la grande información del progreso, debería, pues, ir acompañado de la historia especial del grupo humano á que pertenece, porque dos situaciones casi idénticas en apariencia pueden tener, sin embargo, una significación absolutamente opuesta, si el uno se refiere á la infancia de un organismo y el otro pertenece á su vejez.

Un primer hecho resulta con evidencia de los estudios de etnografía comparada. La diferencia esencial entre la civilización de una tribu primitiva, todavía poco influida por sus vecinas, y la civilización de las grandes sociedades políticas modernas, de ambiciones desmesuradas, consiste en el carác-



UN CRINOIDEO: PENTACRINUS ASTERIA

Un cuarto del tamaño natural.

(Véase página 524)

ter sencillo de la una y en el carácter complejo de la otra. La primera, poco desarrollada, tiene al menos la ventaja de ser coherente y apropiada á su ideal; la segunda, infinitamente superior á la cultura primitiva por las fuerzas puestas en movimiento, es compleja y diversa, cargada de supervivencias, forzosamente incoherente y contradictoria, sin unidad, persiguiendo á la vez objetivos opuestos. En las sociedades de la prehistoria y del mundo todavía reputado salvaje, el equilibrio puede establecerse fácilmente porque su ideal es sencillo¹, y por consecuencia ciertas tribus, ciertas razas primitivas, en que están muy poco desarrollados los conocimientos científicos, no teniendo más que artes rudimentarias y con una vida sin grande variedad, han podido sin embargo alcanzar un estado de justicia mutua, de bienestar equitativo y de felicidad que superan mucho los caracteres correspondientes de nuestras sociedades modernas, tan infinitamente complejas, arrastradas por los descubrimientos y los progresos parciales en un impulso continuo de renovación, mezclado de diverso modo á todos los elementos del pasado. Cuando comparamos nuestra sociedad mundial, tan poderosa, con los pequeños é imperceptibles grupos de los primitivos que han logrado conservarse fuera del alcance de los «civilizadores» — muy frecuentemente «destructores» —, podemos creer que esos primitivos nos eran superiores y que hemos retrocedido en el camino de las edades: nuestras cualidades adquiridas no son del mismo orden que las cualidades antiguas; la comparación, por consiguiente, no puede hacerse equitativamente. El bagaje primitivo se ha aumentado grandemente. Al menos es muy grato fijar la vista sobre algunas decenas ó centenas de individuos, que se habían desarrollado armónicamente en el círculo de su estrecho cosmos y que habían podido realizar en pequeño lo que actualmente procuramos realizar en el conjunto de nuestro universo humano. En aquellas sociedades en que todos sus individuos se consideraban como formando parte de la misma familia, el objeto que se trataba de alcanzar puede decirse que se hallaba á mano, lo que es muy diferente para nuestra sociedad moderna: abraza un mundo, pero no le domina aún.

¹ Guillaume de Greef, *Sociologie générale élémentaire*, lección XI, p. 39.

Tomando la humanidad en su conjunto, aun remontándose hasta los orígenes de los seres vivos, pueden considerarse todos los grupos sociales como normalmente constituidos en pequeñas colo-

nias distintas, desde las salpas que flotan en series sobre el mar hasta los enjambres de abejas que se aglomeran en una misma colmena y los pueblos que procuran limitarse con precisión en un círculo de fronteras. Las primeras asociaciones son primitivamente microscópicas, después se hacen cada vez más extensas, y su complejidad no cesa de aumentarse con el tiempo, en proporción del ideal que se eleva y que se hace más difícil de conquistar. Lo adecuado á cada una de esas sociedades minúscu-



Cl. Sevrin.

MACROTOMA COLMANTI (LAMEERE)

Coleóptero del Congo septentrional. — Cuatro tercios del tamaño natural.

(Véase página 524)

las, es constituir un organismo independiente que se baste á sí mismo; sin embargo, ninguna está completamente cerrada, á excepción de las que se han establecido en islas, penínsulas ó conjunto de montañas cuya vía se ha perdido. De un grupo de hombres á otro se producen encuentros, relaciones directas é indirectas, y así es como, siguiendo los cambios internos y los acontecimientos del ex-

terior, cada enjambre ha podido interrumpir su evolución especial é individual, asociándose de grado ó por fuerza á otro cuerpo político, integrándose después en una organización superior que tiene que recorrer una nueva carrera de vida y de progreso. Es una transformación análoga á la que verifica una semilla que se transforma en árbol, un huevo en animal: un estado de estructura homogénea se modifica en un estado de estructura heterogénea¹. Pero los destinos son diversos. Entre esas pequeñas sociedades aisladas, gran número perecen de agotamiento senil por algún sangriento conflicto antes de haber podido realizar el objetivo más ó menos elevado á que tendía su funcionamiento normal. Otros microcosmos mejor protegidos por las circunstancias del medio en su desarrollo armónico, han podido felizmente alcanzar la realización de su ideal, vivir conforme á las reglas de la prudencia, tal como las comprendían los antiguos. Así es como muchas tribus, sencillas en su organización social, cándidas en su concepción general del universo, puras de mezclas con otros elementos étnicos, han llegado á constituir pequeñas células bien limitadas en sus contornos, bien distribuidas en sus órganos, conscientes de su solidaridad entre todos los miembros de la tribu, y en el pleno goce cada individuo de una libertad personal absolutamente respetada, de una justicia invulnerable, de una vida reposada y tranquila aproximada al estado que podría denominarse la «felicidad», si esa palabra hubiera de significar solamente la satisfacción de los instintos, de los apetitos, de los sentimientos afectuosos.

En la historia de la humanidad muchos tipos sociales han alcanzado sucesivamente su floración definitiva, lo mismo que en los mundos, de más antiguo origen, de la flora y de la fauna, muchos géneros y especies han realizado su ideal de fuerza, de ritmo ó de belleza, sin que pueda imaginarse nada superior: la rosa, antecesora de tantas formas posteriores, no ha dejado de permanecer perfecta, insuperable. Y entre los animales, ¿pueden imaginarse organismos más acabados, cada uno en su género, que los crinoideos, los escarabidos, las golondrinas, los antílopes, las abejas y las hormigas²? ¿No tiene el hombre, todavía imperfecto á sus propios ojos, en

¹ De Baer; Herbert Spencer, etc.

² H. Drummond, *Ascent of man*.

su rededor innumerables seres vivientes que puede admirar sin reserva si tiene los ojos y la inteligencia abiertos? Y aunque haga una selección en la infinidad de los tipos que le rodean, ¿no es en realidad por la impotencia en que se halla de abarcarlo todo? Porque cada forma, resumiendo en sí todas las leyes del universo que concurren á determinarla, es una consecuencia de ellas igualmente maravillosa.

Es, pues, tan sólo por la mayor complejidad de los elementos que entran en su formación por lo que la sociedad moderna puede reivindicar una superioridad particular sobre las sociedades que le han precedido; es más amplia, se ha constituido en un organismo más heterogéneo por la asimilación sucesiva de los organismos yuxtapuestos. Mas, por otra parte, esta vasta sociedad tiende á simplificarse; procura realizar la unidad humana haciéndose gradualmente depositaria de todas las adquisiciones del trabajo y del pensamiento en todos los países y en todas las edades. En tanto que las diversas tribus que viven aparte representan la diversidad, la nación que aspira á la preeminencia y aun á la absorción de los demás grupos étnicos tiende á constituir la gran unidad; de hecho procura resolver en su beneficio todas las antinomias, hacer una sola verdad de todas las pequeñas verdades diseminadas; ¡pero cuán difícil, sembrado de obstáculos y sobre todo surcado de péfidos senderos que al principio parecen paralelos á la vía principal y en los cuales se penetra sin temor, está el camino que conduce á tal objeto! La historia nos muestra cómo cada nación, por bien dotada que esté, por gozosa de fuerza y de salud que fuera en su edad de oro, acaba por retrasarse después de cierto período de décadas ó de siglos, se descompone después en bandas que por las malezas ribereñas van á perderse á derecha é izquierda; á veces tratan de volver hacia los orígenes: la diversidad de lenguas, de partidos, de intereses locales dominan sobre el sentimiento de la unidad humana que había sostenido por un tiempo la nación progresiva.

En nuestros días, los diversos grupos étnicos civilizados están ya de tal modo penetrados de esta idea de la unidad humana, que puede decirse que están inmunizados contra la decadencia y contra la muerte. Á menos de grandes revoluciones cósmicas, cuya sombra